Comprender sin dificultades

Una mirada filosófica acerca del fenómeno de la comprensión

Gustavo Agüero

Juan Saharrea

Este ensayo obtuvo la tercera mención

En el Premio Heterónimo de Ensayos

Con un jurado compuesto por: Maristella Svampa,

Germán García y Ricarlo Coler.

Dictamen a cargo de Svampa.

"'Comprender sin dificultades' es un ensayo excelentemente documentado y didáctico que se inserta en la historia y el análisis filosófico contemporáneo, para abordar la pregunta sobre cómo nos constituimos en seres conceptualmente competentes. Discusiones sobre mente y cerebro, lenguaje y pensamiento, dotan a este ensayo sobre la comprensión de una gran actualidad."

Noviembre 2016.

Los autores no autorizan la
Publicación parcial o total de esta obra
Sin previa autorización.
Contacto:trucoalcinco@gmail.com

Contenido

PRIMERA APROXIMACIÓN....5
Habitantes del lenguaje....6
Alerta metodológico: el análisis filosófico....11
Encontrar y dar significado....21
A decir verdad … Prácticas y normas conceptuales....23
La cruda realidad....24
Comprensión y corrección....27
Comprensión y compromiso....28
Racionalidad y comprensión....30
Significado y percepción....33
Decisiones metodológicas....34
Comprender y conocer....37
Compromiso y justificación....41
Discutiendo metodologías....43
Conceptos....45
¿Dificultades para la comprensión?....49
Yo y mi cerebro....56
¿La mente es el cerebro?....60
La imagen cognitivista de la mente....62
COMPRENSIÓN Y VERDAD....66
El giro lingüístico....67
Dos abordajes de la comprensión....73
La estrategia semántica....75
Adecuación material y corrección formal....80
Dar el significado es interpretar....82
Filosofía del lenguaje....84
La estrategia pragmática....88
La práctica de hacer inferencias....95
Apéndice necesario....97
Lenguaje y pensamiento....100

Seguir reglas....101
El componente conceptual de la percepción....103
Dos líneas de pensamiento en relación al significado....105
Acciones humanas....108
Wittgenstein y los criterios....110
Evaluando acciones: la dimensión normativa de la racionalidad....111
Seres carentes de lenguaje....114
HISTORIA DE UN CONCEPTO....116
Una breve reconstrucción histórico-conceptual del....117
concepto de comprensión....117
¿Por qué hacer una reconstrucción?....118
La comprensión y *katalépsis* en la filosofía helenística....118
La comprensión en los lógicos medievales....120
Intensionalidad y extensionalidad del significado....122
La comprensión en la modernidad: percepción, sensibilidad y entendimiento 123
La comprensión en Kant....126
Comprensión en la modernidad ¿modelo privatista o expresivismo?....128
Puede que algo se nos escapara....131
A MODO DE CIERRE....132
Bibliografía mínima....139

Puesto que no podemos asumir que las palabras que hemos heredado tengan su significado por naturaleza, somos llevamos a asumir que lo tienen por convención; y sin embargo ninguna idea corriente de 'convención' parece cumplir la función que cumplen las palabras –tendría que haber, podríamos decirlo así, demasiadas convenciones en juego, una por cada matiz de palabra en cada contexto-. No podemos habernos puesto de acuerdo de antemano en todas las convenciones que serían necesarias.

Stanley Cavell, *The claim of reason*

PARTE I

PRIMERA APROXIMACIÓN

Habitantes del lenguaje

Somos seres que habitan el lenguaje, este es nuestro medio. El lenguaje no es algo que tengamos o algo que podamos perder -no sin perdernos a nosotros mismos-, el lenguaje es el medio que habitamos y en el que somos. Pero no es un medio que habitemos como habitamos la tierra, ni es tampoco objeto o sustancia que pre-existe a sus habitantes. El lenguaje es ante todo condición de posibilidad, es la condición fundamental, sin la cual nada sería siquiera imaginable.

Para expresarlo de otra manera, el lenguaje puede pensarse como un juego, un gran juego, el lugar en el que las cosas suceden y en el que seres como nosotros, seres conceptuales se constituyen. Es el lugar en el que tomamos conciencia de los sucesos pero también el lugar en el que intentamos tomar conciencia del juego mismo.

Solo en el juego ciertos fenómenos básicos tienen un significado y por tanto lo tienen también los hechos. Desde cierto punto de vista nadie entra ni sale del juego, solo estamos en él, jugamos, somos correctos o incorrectos, pero no hay un lugar externo, un medio ajeno desde dónde llegamos o adonde podamos retirarnos.

El pensamiento, la conciencia, la comprensión, la belleza, el bien, el mal, la violencia, las emociones, la ficción y la vida misma son fenómenos que acontecen en el escenario que tiene como condición al juego: el gran juego del lenguaje.

Jugar el juego es comprender, emplear conceptos y ser racional.

****

¿Qué es comprender algo? ¿Qué decimos al decir que hemos comprendido alguna cosa, un asunto, una instrucción, etc.? ¿Qué nos indica que alguien ha comprendido algo, o que no lo ha comprendido en absoluto? ¿Es la comprensión un estado o es acaso un proceso que se lleva a cabo en el cerebro? ¿Podría una máquina –tal como Alan Turing se lo preguntó- llegar comprender? ¿Podría un animal hacerlo? Y finalmente, ¿qué tipo de investigación podría proporcionarnos respuestas a estas preguntas?

Un primer indicio podría ser el advertir que comprender y comprensión son términos que usamos corrientemente. Una estrategia posible para aproximar respuesta a nuestros interrogantes es indagar en los criterios a los que atendemos en dichos usos. A lo largo de las páginas que siguen intentamos ni más ni menos que seguir esta pista.

Una y otra vez se dice que los humanos somos seres limitados en muchas maneras. Para dar sentido a esta expresión basta con reparar en nuestra capacidad de comprensión, sabemos que solo logramos comprender, en algún grado, algunas pocas cosas. Tal vez todos coincidamos en que Jorge Luis Borges entendió la literatura universal como nadie ¿pero qué diríamos sobre su comprensión acerca del amor, de las mujeres o de la política en donde llegó a defender opiniones que sus más entusiastas defensores se niegan a relativizar?

Pero hay algo más sorprendente y básico aun que nuestra humana limitación, y es el hecho de que, en tanto seres de la cultura, la posibilidad de comprender es quizá nuestro rasgo más característico. Cuando Aristóteles dijo que "los hombres por naturaleza desean conocer" su idea de "conocimiento" no refería sólo a un tipo de especulación privilegiada. Aristóteles empleó *eidenai* que al igual que *gignomai* –con quien comparten raíz y por tanto usos- remite tanto al conocimiento en más alto grado como al saber práctico de un manufacturero. Una acepción alternativa es "comprender".[1]

1 Accedemos a la siguiente edición del texto de Aristóteles: *Metafísica* a cura de Giovanni Reale de 1997, Milano: Rusconi. Reale es uno de los grandes y recientes especialistas de Aristóteles: vale la pena hacer el esfuerzo y leer su texto en versión italiana. El comentario filológico sobre la traducción se basa en el gran recurso etimológico del estudiante de lengua griega: el diccionario Liddell-Scott en su entrada correspondiente a *Eidoo*. Accedemos a la edición de Liddell & Scott, *A greek English Lexicon*, New York: Oxford University Press.

Fuera de la referencia terminológica es un hecho ordinario que aparte de comprender, podemos mejorar nuestra comprensión, empeorarla y en algunos casos podemos perder completamente nuestra comprensión sobre algún asunto.

También es indudable que a menudo existen dificultades en la comunicación o en la motivación para hacer cosas que nos gustan, dificultades que a veces pueden interpretarse sin más como dificultades en la comprensión, no siempre sabemos cómo dirigir un mensaje a nuestros oyentes y aun cuando sabemos cómo no siempre tenemos éxito en hacerlo. Solemos escuchar que los estudiantes de tal o cual nivel educativo no comprenden cabalmente las enseñanzas que se imparten en sus respectivas instituciones, o que los estudiantes, en general, *no comprenden lo que leen*. Comenzamos entonces a preguntarnos cuál es la naturaleza de las dificultades que enfrentan dichos estudiantes y tratamos en tal caso de dar cuenta del modo en que operan sus mentes, esto es, de qué manera funcionan por ejemplo, los procesos cognitivos que conducen, por caso, desde el texto a la comprensión y finalmente a la acción. En todo esto suele asumirse que la comprensión es un cierto *proceso que ocurre internamente en nuestras cabezas*, quizás de naturaleza cognitiva, pero casi nunca reflexionamos que corrientemente decimos que alguien comprende algo observando su comportamiento.

¿Sin atender al comportamiento efectivo de un individuo, cómo podríamos saber que ha comprendido algo? Y tiene bastante lógica que sea así, si alguien comprende en cierto grado algún asunto particular es algo que puede juzgarse con la misma objetividad con que se juzga que se ha puesto el sol,[2] siempre y cuando se tenga presente que la objetividad no es lo mismo que la verdad, la objetividad es condición tanto para decir que algo es verdadero o falso.

A veces comprendemos y a veces no, pero en esto existe una gradación. Es muy probable que un sujeto, ya sea niño o adulto, no logre en cierto momento o situación comprender en alguna medida un asunto: por ejemplo, un texto, un discurso, una reacción

2 Cabe advertir que la diferencia entre comprender y no comprender parece en principio más nítida que la que existe entre los diferentes niveles que puede alcanzar la comprensión de alguien sobre un asunto, pero insistimos en que aun cuando las condiciones para el juicio en uno y otro caso no posean igual grado de definición o especificación esto no le quita objetividad al concepto. La mayoría de los conceptos con los que tratamos cotidianamente poseen límites poco claros, tal como reconocía Lofti Zadeh, “casi toda la lógica del razonamiento humano no es la lógica clásica de dos valores, o incluso de varios valores, sino una lógica de verdades borrosas, de conjunciones borrosas, de reglas de deducción borrosas” (“Fuzzy sets”; *Information and Control* 8, 1965, pp. 338-353).

humana, etc. No obstante, esto de ninguna manera nos autoriza a inferir que el individuo posea en general *dificultades* para la comprensión. Alguien que ha logrado comprender perfectamente y sin ninguna dificultad ciertos asuntos podría, enfrentado a otras cuestiones, verse totalmente limitado o desconcertado. Esta situación por sí misma no autoriza a ningún diagnóstico alarmante.

Nuestra comprensión de los distintos temas en los que alcanzamos algún grado de competencia 'avanza' de manera gradual, transformándose en diferentes miradas, en distintas lecturas, en diferentes teorías, en nuevos cursos de acción. Pero nuestra comprensión siempre será limitada, es decir, siempre será posible alcanzar un nuevo grado, y muchas veces ese nuevo grado alcanzado puede verse claramente como un avance o un progreso: pensemos por ejemplo en la competencia que alcanza un maestro de ajedrez con relación a su nivel de novato. Otras ese nuevo estadio puede entenderse como un ajuste a nuevas condiciones, si consideramos el caso de alguien que logra adaptarse a las condiciones que exigen las normas de una institución o de un país; pero también a veces nuestro cambio es visto como retroceso si pensamos en el caso en que los adultos hemos dejado de comprender situaciones y vivencias que comprendíamos perfectamente de niños, o en los casos en los que el daño o deterioro cerebral se lleva algunas de nuestras habilidades conceptuales.

Las limitaciones en la comprensión no representan una frontera infranqueable para nuestras capacidades conceptuales o cognoscitivas sino que expresan la naturaleza misma del asunto ya que siempre será posible superarse, educarse o mejorar la comprensión actual en cualquier ámbito; aun cuando aquí los conceptos de 'superación' y 'mejora' no estén libres de controversia. Volviendo a la mención de Borges, es un eje de polémicas el hecho de cuál fue en rigor su instrucción formal. Él mismo echó a rodar la idea de que nunca terminó el secundario. No obstante eso, se sabe que llegó a dar clases en la Universidad formando gente que, obviamente, lo había superado en grado académico y nadie que se haya asomado a sus textos dejará de reconocer que el tipo al menos de literatura –de leer y escribir- comprendía. Sin embargo, este es un ejemplo cabal de que la instrucción formal no es el único camino que garantiza dominar un asunto. A la inversa la instrucción formal no es condición ni necesaria ni suficiente de alcanzar cierta comprensión en un ámbito. Vivimos una época en donde si uno quiere formarse en algo es posible que busque opciones

para hacer una carrera o un posgrado en la especialidad requerida. Pero, siguiendo el ejemplo de Borges o quizá el de Roberto Arlt –que también fue un aprendiz agudo en más de una materia-, uno puede volverse competente en un terreno determinado sin necesidad de instrucción formal. Como veremos a lo largo de estas páginas ese proceso de adquisición de competencias conceptuales no sólo depende de una voluntad obstinada sino de un empeño particular. En todo caso, el autodidactismo no está muy valorado en nuestros días y la sobre-tecnificación de la academia ha convencido a muchos de que sin instrucción formal la adquisición de conceptos complejos no es posible.

Por la tremenda confianza que tenemos en ella a menudo la educación formal como garante de la adquisición de ciertas competencias básicas para la vida se ve demandada y necesita dar respuesta respecto de por qué los alumnos no logran los objetivos que los programas curriculares se proponen. El ejemplo ya dado: los chicos, en diferentes niveles de escolarización, leen pero no comprenden. Si bien es cierto que esta situación se reitera en muchas de nuestras aulas el problema no revela sin más la presencia de dificultades para la adquisición y desarrollo de competencias conceptuales en general, sino solo sobre la suposición de que los alumnos deberían poseer ciertas competencias que evidentemente aún no poseen, competencias que son imprescindibles para una lectura satisfactoria de ciertos textos.

Pero basta pensar un poco sobre el asunto sin echar la carga de la prueba ni sobre el alumno ni sobre el maestro. Es fácil aceptar que nadie estará en condiciones de comprender la *Metafísica* de Aristóteles si antes no ha alcanzado cierto grado de comprensión en textos filosóficos. Si alguien lee y no comprende Aristóteles esta situación lejos de evidenciar problemas en la comprensión en general de un individuo, revela su falta de competencias previas. Dicho de otra manera, no se llega al cuarto piso sin pasar por el tercero ni se llega al tercero sin pasar por el segundo.

Por cierto, hay otras situaciones en las que alguien cree falsamente haber comprendido algo y también en las que alguien pretende que otros crean falsamente que comprende un cierto asunto. Pero dejando a un lado los casos de engaño o auto-engaño, la comprensión está lejos de ser un problema generalizado. Lo que nos caracteriza es la comprensión, no su ausencia, *y no estamos hablando aquí de una extraña habilidad que pueda reconocerse solo en algunas personas extraordinarias o de una destreza que no se*

adquiere luego de haber dominado el lenguaje. De hecho, no cabe pensar en la posibilidad de un ser que habiendo adquirido el lenguaje y empleando ya conceptos no sea capaz de comprensión en absoluto. Y esto es así, desde la perspectiva que aquí adoptamos, porque la comprensión se revela o se manifiesta en el empleo de conceptos.

En resumen: solo de seres que emplean conceptos puede decirse que comprenden y solo de ellos puede decirse propiamente que son racionales. Desde luego, esto no significa que lo comprendamos todo o siquiera que cualquiera se encuentre ya en condiciones de comprender cualquier cosa; hay muchas cosas que muchas personas no comprendemos y hay diferentes niveles y espacios de comprensión entre las personas. ¿Bajo qué circunstancias podríamos decir que una persona jamás podría llegar a comprender algo? Quizás en ciertas circunstancias bastante específicas que deberían ser aclaradas pero esto es otra cuestión. Tal vez un motor espiritual de los más grandes logros de la humanidad tenga alguna relación con rebelarse frente al límite de comprensión en un asunto determinado.

Alerta metodológico: el análisis filosófico

A diferencia de lo que suelen creer algunas personas no familiarizadas con las investigaciones filosóficas, el examen conceptual no equivale a una investigación "abstracta", ni a un análisis "apriorista", como si se estuviera reflexionando sobre el significado de la palabra 'sufrimiento' en lugar de ayudar al que sufre, o como si la tarea filosófica consistiera en sentarse a meditar sobre la existencia de problemas en lugar de ocuparse en resolverlos. Todas estas imágenes de la actividad filosófica no son sino parte de la 'mala prensa' que aparta a la filosofía de su lugar natural en la cultura; desde luego, hay momentos de la historia en que la cultura rechaza su propia mirada y su propio examen.

La filosofía de occidente ha tenido desde sus comienzos al problema de la comprensión, o podríamos decir en cierto contexto, al tema de nuestra racionalidad en el centro de sus grandes debates. Cuando autores como Platón y Aristóteles se ocupan del tema educativo lo hacen en el marco del problema político, la *paideia*, a veces entendida como 'educación', llegó a ser concebida en el mundo antiguo como la formación del

hombre para la vida, como la formación de un espíritu plenamente desarrollado para la vida en comunidad.[3]

El propósito de la teoría de las ideas de Platón era, fundamentalmente, el de explicar la comprensión de aquello que se da a nuestra experiencia diaria, aquello que podemos conocer y también comprender; igualmente Aristóteles recurriendo a este expediente eidético, aunque contradiciendo aspectos centrales del pensamiento de su maestro, emprende la tarea de explicar el modo en que nuestra experiencia perceptual cobra sentido. De modo que ni la búsqueda de comprensión ni tampoco la tarea de explicarla son ajenas a la teorización y a la reflexión conceptual que se inicia en la cuna de la civilización occidental; dichas actividades forman parte del núcleo que define la filosofía que nace en las colonias griegas del Asia Menor en el siglo VI a.C. Aun cuando la filosofía en sus comienzos se considere –conforme a su raíz etimológica- la búsqueda de un objetivo más noble como es la sabiduría, los filósofos griegos tenían cabal conciencia de que la naturaleza de su actividad era conceptual y también reflexiva. Por tanto, no resulta desacertado concebir buena parte de la reflexión filosófica que se inicia hace casi veinticinco siglos como ocupándose de comprender y describir las maneras en que conocemos y explicamos el mundo así como también las formas en las que actuamos, pensamos y nos comunicamos.

Un auténtico testimonio de esto se presenta ya en la filosofía presocrática del siglo VI aC., muy especialmente en un autor como Heráclito, de quien comenta Werner Jaeger que con él hay una auténtica vuelta de la filosofía hacia el hombre, en el "Me he investigado a mí mismo"[4] se revela una nueva forma de filosofar, una nueva conciencia filosófica.[5] Esta investigación o auto-observación de la que habla el filósofo de Éfeso "nada tiene que ver con la investigación psicológica de sus peculiaridades e idiosincrasia personal"[6], el *lógos* de Heráclito es una ley, una norma que debe observarse, es preciso

3 Según Werner Jaeger "es imposible rehuir el empleo de expresiones modernas tales como civilización, cultura, tradición, literatura o educación. Pero ninguna de ellas coincide realmente con lo que los griegos entendía por *paideia*. Cada uno de estos términos se reduce a expresar un aspecto de aquel concepto general, y para abarcar el campo de conjunto del concepto griego sería necesario emplearlos todos a la vez", *cfr*. Jaeger, W. *Paideia: los ideales de la cultura griega*; FCE, México, 1996., p.14.

4 La cita corresponde al fragmento CI en la numeración de Hermann Diels y Walter Kranz.

5 *Cfr*. Jaeger, W. *Paideia: los ideales de la cultura griega*; FCE, México, 1996., p.176.

6 *Idem*.

seguir al *lógos*, pues él orienta al mismo tiempo la palabra y la acción, aun cuando la mayoría de "los hombres, es verdad, viven como si tuviera cada uno su razón particular".[7]

Así mismo, aunque situándose en la dimensión de la moralidad y de lo que es bueno para la vida, Sócrates (*Apología*), en la voz de Platón, sentencia que "Una vida sin examen no tiene objeto vivirla para el hombre", Sócrates entiende que su misión es pues la de hacer tomar conciencia a los hombres de su falta de sabiduría. [8] La obligación de conocerse a sí mismo está en el centro de su tarea y se constituye en una práctica constante. Todo indica que la racionalidad, tanto teórica como práctica es un tema que ocupa un lugar central en filosofía nacida en la Grecia antigua, o dicho en las palabras de Jürgen Habermas "el tema fundamental de la filosofía es la razón".[9]

No obstante y más allá de lo que pueda aportar cierta evidencia histórica podría preguntarse, ¿cuánto puede lograr la simple reflexión, el examen conceptual, sobre un asunto tan complejo como es la comprensión o la racionalidad misma? Para plantearlo en otros términos, ¿hay algo que la filosofía pueda decir concretamente acerca de la comprensión humana?

La filosofía, a diferencia de las disciplinas científicas, no busca adquirir nuevos conocimientos acerca de algún aspecto de la realidad, sino que busca ante todo comprender nuestras relaciones con el mundo y con los demás a partir de reconocer la naturaleza conceptual y por tanto normativa de dichas relaciones. Habitamos el lenguaje y el pensamiento, son nuestros medios y en ellos nos constituimos como seres capaces de comprender, es decir, como seres conceptualmente competentes.

No obstante, desde algunos ámbitos académicos, no siempre ajenos a la propia filosofía, se suele insistir en que los filósofos hacen un tipo de estudio que suele denominarse '*a priori'*, puesto que no solo no es experimental sino que ni siquiera posee metodologías científicas, y en algunos casos tampoco elabora teorías ni pone a prueba

---

7 *Cfr*. Jaeger, W. *Op.cit*.; p.178. La cita corresponde al fragmento II de Heráclito en la citada numeración.

8 Esta tarea le fue confiada a Sócrates por el oráculo de Delfos, es decir, por el dios Apolo. *Cfr*. Hadot, P. *¿Qué es la filosofía antigua?*; Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p.38. Al respecto Colli afirma que en Delfos se expresa la inclinación de los griegos al conocimiento, ya que Apolo se manifiesta en la esfera humana (de manera contraria a su naturaleza divina y desbordante, ilimitada) como norma, moderación, control, límite, racionalidad. Cfr. Colli, G. *El nacimiento de la filosofía*; Tusquets Editores, Bs.As., 2010, p.48.

9*Cfr*. Habermas, J., *Teoría de la acción comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social*; Taurus Humanidades, Madrid, 1999., pp. 15.

hipótesis siendo finalmente una especie de discurso cuya característica quedaría nítidamente identificada si tras cada afirmación el filósofo concluyera con un relativo 'para mí' o 'desde mi punto de vista'. Vistas así las cosas la filosofía no es algo muy distinto de un incontenible acto de arrojo verbal, una actividad que consiste en expresar la propia opinión. ¿No debería entonces dejarse tal indagación a los lingüistas, psicopedagogos, neurocientíficos, psicólogos cognitivos y otros investigadores empíricos?

Frente a esta pregunta observamos una cierta convicción oculta, a saber, que la comprensión es un fenómeno o conjunto de fenómenos que ocurren en alguna parte (quizás dentro de la cabeza) y que tiene que ser investigado experimentalmente, quizás abordando directamente el cerebro y su funcionamiento. Hemos de suponer que en los comienzos del siglo XXI hay disciplinas que han hecho, que hacen y que seguramente harán importantes contribuciones a nuestro actual conocimiento acerca del cerebro y de los sistemas nerviosos y que nos darán imágenes epistemológicamente más firmes acerca de nuestra neurofisiología y neuroanatomía. ¿Pero acaso esto nos induce a pensar que la comprensión puede ser un evento o un proceso que ocurre en el interior de nuestras cabezas?

Nuestro punto de partida para esta investigación acerca de la comprensión es *el empleo corriente de aquellas expresiones mediante las que decimos que alguien comprende bien alguna cuestión*, o que comprende escasamente o que no la comprende en absoluto; esto es algo que cualquier persona con las competencias adecuadas puede juzgar, tal como un docente juzga acerca de la condición de sus alumnos. Al respecto estamos en todo de acuerdo con la perspectiva pragmática expresada por Hilary Putnam[10]acerca de nuestras competencias cuando afirma que,

> (…) el entendimiento no está constituido por fenómenos, sino más bien por la capacidad del sujeto pensante para emplear y producir fenómenos adecuados en circunstancias adecuadas.

y agrega,

> (…) los conceptos son, al menos en parte, capacidades y no cosas que acaecen en la mente.

Cabe entonces preguntarse en qué momento hemos establecido que la comprensión es un fenómeno que debería estudiarse conforme a ciertas metodologías antes que a otras. Cuando juzgamos que alguien comprende o bien que no logra comprender un asunto, la

10 Putnam, H. *Razón, Verdad e Historia*; Técnos, Madrid, 1988, pág. 33.

naturaleza de los criterios a los que atendemos para dichos juicios no tiene ninguna relación con lo que sucede en la cabeza de las personas. Los criterios a los que atendemos tienen que ver con lo que las personas exhiben o estarían en condiciones de exhibir en sus comportamientos.

Sin embargo, no se debiera tampoco asumir una postura hostil o desinteresada con relación a las ciencias que estudian los comportamientos humanos ni tampoco con relación a las llamadas ciencias del cerebro o neurociencias. No está en discusión si el cerebro o nuestros sistemas perceptuales tienen algún papel en nuestro comportamiento, en nuestras reacciones y en las distintas formas de vida racional en las que nos reconocemos. Más aún, podríamos arriesgar, aunque sea a modo de hipótesis, que algo sucede (quizás una serie de estados tienen lugar) en nuestro cerebro cuando llegamos a comprender algún asunto, así como algo seguramente sucede cuando tenemos algún recuerdo o resolvemos mentalmente un cálculo o cuando soñamos. No se trata de negar la posibilidad de estos u otros sucesos concomitantes. De lo que se trata es de señalar en primer lugar que ninguno de esos eventos debería ser identificado con lo que habitual y corrientemente llamamos comprender, ya que como señalamos anteriormente, esos eventos o sucesos no forman parte de nuestro criterio para emplear este concepto.

Explicitar el uso de nuestros conceptos, y entre ellos el de comprensión, no requiere ninguna investigación empírica, por la simple razón de que ni nuestros conceptos ni tampoco los criterios para su uso son resultado de descubrimiento alguno. Cuando un descubrimiento se produce en las ciencias o en donde sea, a nuestros conceptos les corresponde la mitad del mérito. En segundo lugar, si asumiéramos como cierto que alguna clase de suceso tiene lugar en el cerebro cuando alguien comprende algo deberíamos establecer aún si dicha clase de suceso es concomitante con los casos de comprensión y solo con ellos, o solo con ciertos casos en los que se comprenden ciertos asuntos particulares, o si estos sucesos se dan en todas las personas que comprenden algo, etc. Es decir, no hay ninguna garantía de que pueda o deba identificarse una clase o tipo de suceso a nivel del funcionamiento cerebral que coincida siquiera temporalmente con nuestros empleos corrientes de expresiones como ‘ahora comprendo’. En tercer lugar, y haciendo un poco de ciencia ficción, si resultara que lograra identificarse cierto tipo de suceso que tiene lugar en el cerebro cada vez que empleamos expresiones como ‘ahora comprendo’, y

supiéramos cómo provocar artificialmente dicho suceso, ¿significaría esto que estaría en nuestro poder, por ejemplo, lograr que alguien comprendiera algo como *Fenomenología del Espíritu* de G.W.F. Hegel sin instrucción alguna y sin siquiera haber terminado la escuela primaria? Más allá de esta imagen inaceptable la cuestión que nos surge de inmediato ante tales especulaciones es precisamente, ¿cómo podría semejante descubrimiento, en caso de superar la ficción, ayudarnos en la tarea de comprender?

Gracias al famoso neurólogo portugués Antonio Damàsio en ámbitos filosóficos llegamos a tener noticias del caso de Phineas Gage[11], el hombre que hace más de un siglo sufrió un accidente que le dañó una zona importante de su cerebro y que, según se entiende, a causa de dicho daño su conducta en general y sus valores morales en particular se vieron fuertemente alterados. Aun asumiendo la increíble historia, ¿puede inferirse a partir de esto que nuestros valores morales deben o acaso puedan pensarse como entidades alojadas en alguna parte del cerebro? En primer lugar debemos una vez más insistir en que nuestros juicios morales acerca del comportamiento de un individuo no asume como criterio lo que sucede o pueda suceder en su cabeza.

Nuestros juicios morales, en general, toman como referencia el comportamiento efectivo de las personas. Las cualidades morales de una persona, al igual que sus cualidades artísticas, laborales, deportivas, etc., se expresan sin más en su comportamiento. Tampoco se nos ocurre pensar que la prueba última que nos permite decidir si una persona es honesta o corrupta la obtendríamos a partir de un profundo estudio de su cerebro. Cuando discutimos acerca de la humildad, la honestidad, la honradez o incluso si alguien es un buen legislador, un buen padre, un buen músico o un buen jugador de póker no recurrimos a fuentes misteriosas ni se nos ocurre indagar en su cerebro. Decimos que alguien comprende o que no comprende un asunto en base a los mismos *tipos* de criterios comportamentales con que decimos que alguien es un buen legislador, un buen padre, un buen músico o un buen jugador de póker.[12]

---

11 Se alude al conocido caso citado por J. M. Harlow, E. Williams y H. Biguelow (“Paso de una barra de hierro a través de la cabeza”, *Boston Medical and Sugical Journal*, 39: 389, 1848-49) y de (“Mejoría de un cráneo perforado por una barra de hierro”, *Publications fo Massachusetts Medical Society*, 2: 327, 1868) y recogido por Damasio, A. (*El error de Descartes. La razón de las emociones*; Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996, p.23). Este tipo de casos constituye un ejemplo paradigmático de lo que, con alguna frecuencia, motiva los estudios acerca del cerebro y del sistema nervioso.

12 En efecto, dichos criterios tienen en cuenta el comportamiento, pero esto no esto no es todo, también tenemos en cuenta las intenciones; nuestro discurso psicológico ordinario nos permite

En ocasiones el estudio de nuestras competencias conceptuales o comportamientos inteligentes, y en general, de aquello que identificamos en el vocabulario de la psicología ordinaria como es el caso de la comprensión, el pensamiento, las creencias, los deseos y de modo general toda operación del orden de las competencias conceptuales puede conducirnos erróneamente a buscar fuertes analogías funcionales en niveles más básicos (no-intencionales o subdoxásticos[13]) como el de procesamiento de información.[14] Según algunos autores de orientación cognitivista lo que garantiza la correspondencia entre las características y propiedades del nivel de las competencias conceptuales y las propiedades causales son las propiedades formales físicamente instanciadas, es decir, los "principios de ingeniería" con los cuales la máquina funciona.

En relación a esto cabe recordar aquello que hace algunos años advertía Daniel Dennett[15] sobre las actitudes realistas de los investigadores en inteligencia artificial,

> (…) la descomposición del modelo de la competencia de alguien en partes, fases, estados, pasos o lo que sea, no necesita arrojar ninguna luz sobre la descomposición de las verdaderas partes mecánicas, fases, estados o pasos del sistema (…) que se está diseñando, -aun cuando el modelo de la competencia sea excelente como tal.

Esto tampoco debe llevarnos necesariamente a respaldar alguna forma de dualismo sustancial de tipo cartesiano entre mente y cuerpo. No debería extrañarnos que una lesión u otras afecciones neurológicas puedan alterar nuestro comportamiento inteligente en alguna

---

distinguir entre la acción intencional y la no-intencional, así por ejemplo, juzgamos de manera muy distinta a quien se lleva un bolso ajeno descuidadamente y a quien lo hace de manera plenamente consciente o con la intención de hacerlo.

13 El nivel "subdoxástico" se diferencia del nivel 2doxástico" (proviene de 'doxa': ¿opinión' o 'creencia' en lengua griega) tomando como criterio el acceso consciente a esos estados. Yo no soy consciente de mis estados subdoxásticos. Sí, en cambio, puedo acceder a mis estados conscientes intencionales. Cuando se suele introducir por primera vez esta terminología suele preguntarse si puede decirse que el inconciente freudiano se halla a nivel subdoxástico. Sería un uso permitido de este concepto aunque por lo general se alude con él a un tipo de procesamiento de información y no a un conjunto de estados traumáticos que se hallan como en el trasfondo de nuestra conciencia. No obstante, el tema de qué lugar ocupa el inconsciente es apasionante más allá de si se ajusta o no a esta distinción.

14 Procesamiento de información es una noción básica y compartida, aunque no siempre bien definida por las diversas disciplinas y tendencias englobadas dentro de las ciencias cognitivas. No obstante, según José Luis Bermúdez, "la asunción rectora fundamental de las ciencias cognitivas es que las mentes son procesadores de información", Cfr. Bermudez, J. *Cognitive Science. An introduction to the science of the mind*; Cambridge University Press, New York, 2014, pp. xxxvii.

15 Dennett, D. *La actitud intencional*; Gedisa, Barcelona, 1991., p.78. Las cursivas están en el texto original.

forma más o menos ostensible; los humanos somos organismos biológicos, solo que esta no es la historia completa. Podríamos, tal como lo propone Hilary Putnam[16]considerar el discurso acerca de la mente,

> (…) como un discurso acerca de capacidades que dependen de nuestro cerebro, y en especial, de los diversos intercambios entre el entorno y el organismo, pero que no tienen que explicarse reductivamente utilizando el vocabulario de la física y de la biología, ni siquiera añadiendo el vocabulario de las ciencias de la computación.

Cuando hablamos de seres que piensan o que actúan de cierto modo, cuando hacemos referencia al pensamiento de un individuo, a la obra de algún artista, a la genialidad de un deportista o sencillamente a la dignidad de un trabajador, no estamos considerando a esas individuos como organismos biológicos, sino como personas, como seres que actúan movidos por razones y emociones. Entonces el mundo cotidiano se vuelve presente para nosotros, somos individuos cuya vida transcurre en nuestras casas, en nuestras oficinas o en los lugares en los que trabajamos, junto a nuestras familias, nuestros amigos, etc., etc. Sin embargo, que despleguemos nuestras vidas como las personas que somos, con las competencias que desarrollamos, los pensamientos y los sentimientos que tenemos y que mucho de esto no pueda explicarse en términos de alguna ciencia natural no significa que las ciencias naturales deban replantear sus métodos o sus recursos, pero tampoco que debamos admitir alguna forma disimulada de dualismo cuerpo-mente.

Como ha señalado en reiteradas ocasiones el psicólogo recientemente fallecido Jerome Bruner[17], frente a una tradición que ha sostenido y sostiene que las causas últimas de la conducta radican en el sustrato biológico, deberíamos prestar especial atención a aquello que para nosotros posee auténtico significado, aquello que podemos comprender. Bruner[18] señala al respecto,

> (…) son la cultura y la búsqueda de significado las que constituyen la mano moldeadora, en tanto que la biología es la que impone limitaciones, pero (…) la cultura tiene incluso el poder de ablandar esas limitaciones.

---

16 Putnam, H. *La trenza de tres cabos. La mente, el cuerpo y el mundo*; Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 2001, p. 54.

17 Bruner, J. *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva;* Alianza Editorial, Madrid, 2000, p.35.

18 Bruner, J. *Op.cit*., p.37.

Imaginemos por un momento que nos encontramos frente a una situación que requiere cierta comprensión de nuestra parte, por ejemplo viendo una película, recibiendo una explicación, atendiendo a las reglas de un juego o sencillamente escuchando lo que alguien está diciendo. ¿En qué consistiría nuestro esfuerzo por comprender la situación? Todo dependerá de nuestras competencias conceptuales, es decir, del nivel conceptual que hayamos logrado alcanzar hasta ese momento y de cuán hábiles seamos para emplear la información disponible y aquella de la que disponemos. Por ejemplo, llegar a comprender en qué consiste la tarea de un legislador, comprender la *Metafísica* de Aristóteles o qué sea el neoliberalismo seguramente no son metas que estén ya al alcance de todo el mundo –pensemos en el sentido de la militancia política como un instrumento necesario para generar modos de comprensión de situaciones muy complejas tales como la desigualdad, la mala distribución de la riqueza o las diferentes modalidades de explotación laboral-, y no lo son porque si bien nuestras competencias conceptuales tienen territorios compartidos y comunes también difieren en muchos otros aspectos. Algunos dominan conceptos que otros desconocen y viceversa, otros habrán adquirido competencias conceptuales poco comunes y otros desplegarán conceptos que aplican a muchos aspectos de sus vidas. Nuevamente, es acertado el reclamo de Bruner,[19]

> ¿No son preferibles las interpretaciones plausibles a las explicaciones causales sobre todo cuando para lograr una explicación causal nos vemos obligados a artificializar lo que estudiamos hasta tal punto que casi no podemos reconocerlo como representativo de la vida humana?

Finalmente es en las escuelas, en el trabajo, en los juegos, en las charlas con amigos, en las congregaciones religiosas, en las diferentes actividades que realizamos y en las que recibimos instrucción de distinto tipo donde desarrollamos competencias. Es precisamente dicha instrucción junto a nuestra manera de aplicarla, de desarrollarla, de valorarla y de tratar con nuevos espacios de intervención lo que determinará el modo en que lograremos o no, o lograremos parcialmente en cierto momento comprender un asunto. Es nuestra comprensión o nuestro grado de comprensión de las cosas la que define, en último término, el mundo que habitamos o la vida que llevamos.

Nuestra educación puede estar orientada en una u otra dirección según nos interese adquirir maestría o competencias en uno u otro ámbito laboral, deportivo, artístico,

19 Bruner, J., *Op.cit.* p.14.

comercial, político o científico pero es todo lo que podemos hacer en relación a mejorar nuestra comprensión, o mejorar nuestras vidas viéndonos como sociedad, o viéndonos como individuos, en una sola palabra: educarnos.

Sirva esto a modo de introducción. Algunas de las cosas que acá se han dicho serán retomadas a lo largo del libro, es nuestro deseo que lo que aquí se dice pueda ser comprendido, sea para compartirlo o no, por la mayoría de sus lectores. En cualquier caso la propia escritura es un desarrollo muy útil para provocar la comprensión de uno o varios temas. Así que antes de considerar lo que sigue como un discurso proponemos pensarlo como un diálogo. Hans Georg Gadamer empleó justamente la imagen del diálogo como modelo de comprensión: para entender un texto o una persona uno debe hacerle preguntas. Después de todo Sócrates el más sabio de los filósofos no daba clases catedráticas sino que paraba a sus vecinos para preguntarles cosas simples referidas a la belleza a la justicia o a la educación.